

Primero los pobres, una novela excepcional

RENÉ AVILÉS FABILA

Federico Ortiz Quesada pertenece a un género en extinción, al de los humanistas, esos personajes del Renacimiento que se dedicaban con igual esmero a las ciencias y las artes y en ambas tareas tenían resultados sorprendentes. Federico es un médico que prestigia al país, pionero de transplantes de órganos a escala global, un reconocido cirujano cuyas operaciones están entre las mejores. Por el otro lado se ha dedicado a escribir libros sobre medicina, a analizar la muerte, el dolor, la inmortalidad, el amor y, desde luego, ha hecho novelas. Como profesor universitario su trabajo es también largo e intenso y ahora lo corona en la Universidad George Washington en Washington, DC, donde imparte cátedra. Una larga, compleja y hermosa carrera que incluye el periodismo y la literatura. En todas sus actividades, Federico Ortiz Quesada ha recibido reconocimientos y premios, nacionales y extranjeros. Es un hombre de letras, un científico distinguido y un intelectual preocupado por el rumbo del país, un pensador que reflexiona sobre la idiosincrasia del mexicano, como antes lo hicieron, en este orden, Samuel Ramos y Octavio Paz. A veces los resultados aparecen en artículos y ensayos periodísticos, otras en forma de libros.

Ahora hace a un lado la elaboración de libros científicos y nos sorprende con una novela inteligente, bien construida y profunda: *Primero los pobres*. Es, por añadidura, una obra que trata los temas del poder en dos países vecinos y sin duda por completo opuestos: Estados Unidos y México, tan juntos y tan distantes.

Federico analiza una de las grandes obsesiones de la humanidad: el poder, una patología que parece no tener cura ni solución, parte inherente del ser humano, se le busca obsesivamente con la idea de hacer el bien e inalterablemente se le usa para medrar, mentir, para beneficiar la hacienda propia. Los personajes de la novela se mueven en ambos planos, en dos mundos, el del gran desarrollo político, económico y social y el del atraso, el subdesarrollo, la miseria. Caminan entre el glamour de Nueva York y la sordidez de las luchas de los partidos políticos mexicanos.

El gran mal es el poder, el que nos mantiene enfermos sin cura posible. Federico, a lo largo de la novela, hace un retrato magistral de Bush, de su familia, de los suyos, de su clase social, de los modos elegantes y frívolos con que engañan a los norteamericanos, su propia gente. Los muchos personajes deambulan por la obra buscando una explicación lógica, tal vez científica, a las necesidades humanas de aferrarse al poder y a usarlo de



Francisco Eppens

la peor manera. Lo novela, en tal sentido, es una severa crítica al poder político y económico, una despiadada sátira que se hunde una y otra vez en las profundas reflexiones históricas de muchos de sus personajes. Citas que bien utilizadas no resultan pedantes sino complementarias de seres cuyas vidas fantasmales no parecen tener un destino preconcebido. Van un tanto al azar cometiendo desatinos y agresiones.

Pero si el poder en Estados Unidos es arrogante y miserable, dominante porque sabe que viene del destino Manifiesto, el nuestro es plebeyo y brutal. Federico Ortiz Quesada lo hace notar en los vaivenes de un personaje singular, Miguel Reyna. “El poder en México es autoritario y cruel, ahora disfrazado de democracia. México es un país violento pero los mexicanos, por ignorancia o mala fe, evitan que esto se sepa en el exterior. Vivimos

fingiendo, todos somos cómplices en mayor o menor grado. Unos por estar coluditos con el poder, otros por miedo.”

De cerca, sabemos que “la vida de Miguelito Reyna es una historia de locura, mentira y corrupción muy común en nuestra tierra”. Y dentro de esta atroz concepción, ¿quién está a salvo? País de rencores y de creciente pérdida de valores, ¿qué hemos hecho con la grandeza del pasado? Veamos la orgullosa ciudad capital hoy convertida en patética mancha urbana, en el paraíso del ambulante y la corrupción, donde los antiguos palacios están brutalmente grafitados porque además el poder local considera que eso es arte concedido por una extraña libertad que no acepta leyes ni órdenes en algo que llaman Estado de derecho. “Aquí, todo está chueco, torcido. México es una nación cada seis años acribillada

por sus propios habitantes, esos que los días 15 de septiembre salen a gritar consignas baratas, ¡Viva México, cabrones!”

La novela es dolorosa desde muchas perspectivas. Federico Ortiz Quesada nos hace pasar por una larga galería de espejos que conecta Estados Unidos con México. Ambas naciones, concluimos, son dignas de piedad. Tienen lo que merecen, las autoridades más imperfectas que es posible hallar.

Federico, el médico generoso, el hombre de amplia cultura que utiliza para el bien colectivo, ahora nos pone ante el espejo y la imagen devuelta no nos gusta, no puede gustarnos: se trata de monstruos, de hombres y mujeres capaces de destruir, dueños de asombrosas y extrañas patologías que aún no hallan cura. Por ello los personajes hurgan en la historia, analizan a los grandes personajes, a los héroes y a los villanos, buscando solución a esas enfermedades que nos ha dado el poder. En este esquema, el Estado resulta macho del peor estilo, nunca se equivoca, no cede un ápice. Y si es retado frontalmente, la reacción es brutal, es una locura, demencia total, como fue durante la matanza de Tlatelolco o como en las guerras que los Bush han desatado contra naciones islámicas. Saddam Hussein agravó a Dios Padre, a Bush padre, en consecuencia, Bush hijo rescatará el honor humillado de la familia y atacará a Irak. Hussein muere acusado de la muerte de un puñado de ciudadanos con ideas distintas, sólo que para llevar a esa lejana nación la justicia brutal de Estados Unidos, el ejército yanqui ha matado a muchos miles y destrozado por entero a un país con la autorización tácita de otro país avalado por la casi totalidad de los países que conforman un absurdo: la ONU.

En medio de tanto salvajismo y bestialidad, una serie de personajes enigmáticos que llevan el mismo nombre en distinta lengua, se mueven y se preguntan por qué la violencia, por qué las enfermedades del poder.

La respuesta no es distante ni ajena, Marx fue uno de los que la halló: está en Dios y en la religión, ellos permiten, la brutalidad. ¿Dónde está Dios, qué hace, existe o sólo existe su contraparte, Satanás, el que mejor representa al hombre? Por esta razón en la obra de Federico Ortiz Quesada se busca la obra de Nostradamus como otros buscan el Santo Grial. ¿Dónde podría estar la edición perdida, en una librería de viejo en la Lagunilla o en otra de Nueva York? Allí deben estar las respuestas de una humanidad que tiene dioses imperfectos. La gravedad de los problemas es la falta de Dios y la existencia del Diablo. Dios no existe, el Diablo sí.

La lista de aquellos pensadores, literatos, filósofos que reflexionaron sobre el hondo tema, permite una conclusión: Si Dios existe, es una patología, al menos está enfermo, enfermo de poder. Pero Dios está entre nosotros, radica en el exagerado poder norteamericano ya sin contrapesos, muerto el socialismo llamado real o realmente existente. En tal caso Dios es Bush o al menos es su representante directo. Dice Michael Ourlady “¡Qué suerte! Hemos sido tocados por la mano de Dios. Tiene razón George W. Bush cuando asegura que habla con Él. Sólo el presidente de los Estados Unidos puede hacerlo.”

Los personajes principales viven en medio de una gran confusión, dentro de una Babel de nuevo cuño, todo les es ajeno e incomprensible, distante. Tienen demasiadas preguntas y pocas respuestas. Hurgan en la historia, en los grandes textos y en los más agudos autores en vano. Tampoco la sencillez, el pensamiento rústico, brinda salidas. Las atrocidades están allí, persisten gracias a un entorno desastroso donde el poder corrompe, engaña y la sociedad no atina qué hacer. Michael Ourlady, por ejemplo, ha leído infinidad de libros, pero carece de respuestas igual que De Maria. Ambos tienen intuiciones y por ellas se tratan de orientar. En cambio, Miguelito Reyna es pragmático, habla de lo que ha vivido, para él el misterio de la vida es distinto y quizá

opuesto a lo que deducen los primeros de la lectura de Paul Auster.

México es la antítesis del paraíso norteamericano. Ourlady hace una profunda reflexión sobre el México actual que duele. Es larga y penosa, pero describe al centro de la otrora Ciudad de los Palacios y antes el glorioso Imperio Azteca, el ombligo del mundo, masacrado y desaparecido del mapa por las hordas castellanas. Concluye: “Al contemplar los edificios españoles me doy cuenta que no es posible borrar de la memoria los trescientos años coloniales, cuando los españoles pusieron precios a los indios mexicanos. ¡Cuánto odio acumulado! Con razón (los mexicanos) están resentidos y buscan caudillos, líderes mesiánicos. En el fondo indagan sobre su identidad.”

Como si sus males fueran pocos, la ciudad capital se ha puesto en manos de un líder mesiánico, Miguel Reyna, un demagogo cuya divisa le da título al libro. Convertido en un político superstar, asume la presidencia de la República y unas manos sin oficio le colocan la banda presidencial confeccionada por un pésimo artesano, el viento se la deja en calidad de bufanda mientras mujeres y hombres ignorantes gritan ¡Miguelito Reyna, te amamos! “Toda la escena es una tragicomedia del absurdo en un país de suyo surrealista. El inconfundible tufo de la de-

mencia invade el zócalo, ofende a la ciudad más grande de la tierra, ‘ombligo del mundo’ para sus antiguos habitantes.”

En Estados Unidos, simultáneamente, Bush habla con Dios y enfrenta pleno de arrogancia a sus enemigos y críticos: “Si Dios está conmigo, quién podría estar en mí contra.”

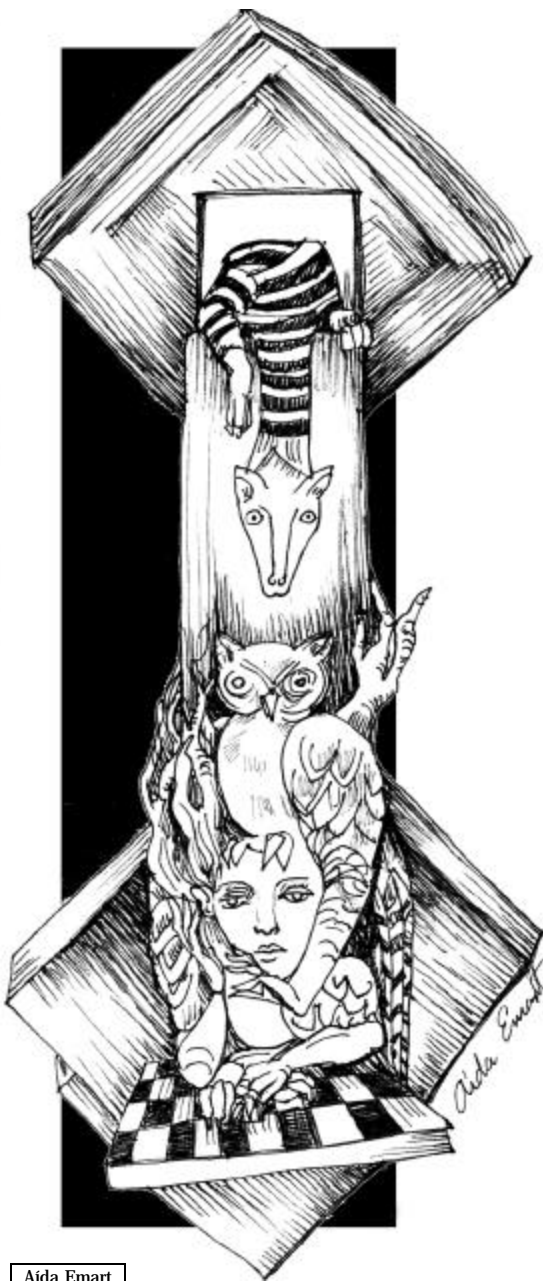
Estados Unidos y México juntos, pobres y ricos en un mismo saco geográfico y ambas naciones dejadas de

la mano del Creador, bajo el mando de personajes grotescos, de caricatura.

La novela tiene infinidad de lecturas y posibilidades, es una de las mejores que he podido leer, pero tiene conclusiones dolorosas: Dios está ciego y no ve lo que ocurre en sus dominios, donde se enseña la presencia maligna de su contraparte, el Demonio, cuyas obras diarias podemos constatar. El novelista, el científico, el humanista, Federico Ortiz Quesada ha utilizado el libro para mostrarnos una terrible realidad. Dios nos ha abandonado a nuestra suerte, nos ha dejado en manos de Satán y a este Príncipe de las Tinieblas lo representamos perfectamente bien los humanos, en especial los políticos.

Primero los pobres es una novela destinada a ser clásica, imperecedera, a vivir dentro de la gran literatura. ■

ravilesf@prodigy.net.mx



Aída Emart